

Buenos días a todos y todas:

Algunos/as de vosotros/as os preguntaréis qué hacemos aquí, por qué suena la música durante el recreo o qué es esta parafernalia que han montado ahora estas dos. La explicación es sencilla: hoy, 8 de marzo se celebra el Día Internacional de la Mujer. Por esta razón, mi compañera Natalia y yo hemos preparado un pequeño homenaje a las mujeres, en general, y a las mujeres de nuestro entorno rural en particular. A nuestras madres, abuelas, cuidadoras, agricultoras, ganaderas... A todas ellas las que han estado por y para nosotros por el hecho de ser madres, esposas o hermanas, es decir, por el hecho de ejercer el papel que la sociedad les había otorgado como mujeres. Por ello, hemos redactado un texto que ejemplifica la vida de estas mujeres y como el feminismo es el inicio del cambio.

De esta manera, damos paso a vuestras compañeras Marta y Jiaqi que os leerán el siguiente texto:

La mujer en el entorno rural

María está preparando café, hoy, como todos los días es de madrugada, sus manos, morenas y agrietadas por la hoz, agarran la taza con la fuerza que ella se ha agarrado a su familia, para no pensar. Nunca ha obviado que tiene problemas, pero hoy, decide no callar.

Sus pies hinchados le recuerdan que todavía no ha amanecido y tiene que ir a labrar. Y si sólo fueran las siete horas que le dedica a la tierra, a María le bastaría para poder descansar, pero la realidad es que el trabajo continúa en el hogar, un marido que pone la imagen y representa la tierra que los dos trabajan hasta desfallecer, una mujer, María, que sólo de hecho, más no de derecho, ha participado en la vida económica de su entorno, padeciendo todos los inconvenientes de trabajar, pero ninguna de sus ventajas.

Cada arruga, un suspiro, cada aliento, un impulso para continuar. Hoy, a sus 50 años, decide entre olivos y encinas ponerse a gritar, y decir a los cuatro vientos que no puede más. No puede con la pasividad de sus tres hijos. No puede con la pesadez del hogar, un trabajo sin descanso, ni bajas, ni días en el calendario. Le retumban todavía esas voces que dicen que no trabaja, que sólo es ama de casa. Porque, sin diplomas ni títulos, administra, educa, gestiona y conforma un hogar. No puede con la frialdad de un marido que se sienta a la mesa como un comensal, que la saluda cada día con un beso ligero, donde el cariño y la gratitud queda en manos del azar.

Por la tarde, María, mientras se dedica a sus quehaceres, escucha de fondo en la radio, la palabra igualdad, y deja escapar un suspiro, porque ella, en la intimidad de su hogar, anhela esa equidad. Siempre ha tapado con una sonrisa su insatisfacción, y aunque su papel de madre, a ratos como a todas, le devolvía la alegría, una manta de conformidad y de modestia ha cubierto el resto de emociones de María.

Y ese mismo día, durante el café de la madrugada, donde se empezaba a narrar la historia de esta gran mujer, dueña de su entorno rural, María empezó a cambiar pequeñas cosas para que aquellas palabras de igualdad, no se quedaran en pequeñas

psicofonías, y cambió el papel de cocinera, por el de lectora, y su marido aunque a regañadientes, dejó de ser un comensal para ser un cocinero más, y su casa no era un hotel ni un restaurante, y cambió la plancha de la tarde, por un baño de espuma, y lo único que empezó a coser a partir de ese día, fue una manta de respeto y de igualdad, y María sabía que no había cambiado el mundo, pero que con un pequeño paso, había plantado la semilla del cambio en su pequeño hogar.

Dos casas más abajo, vive Juana, de pelo blanco y tez morena, siente vergüenza de su boca triste, de su voz rota y rodillas rudas. Porque pocos reconocen su nombre, porque muchos, como mujer la tienen olvidada, porque hace diez años que solo la ven como una viuda. Madre de dos hijos que dejaron el campo por la ciudad, e hicieron más huérfana a la España rural, y más sola a Juana. Sin identidad ni derechos, cuida el ganado que pertenece a sus hijos, labra la tierra que dejó su marido. Sueña despierta con una vida que no tuvo, y que a cambio dio a sus hijos, conoció un tipo de amor que no deseaba, un amor más servicial que apasionado, un amor, en definitiva, inculcado. Sufrió en silencio, las ganas de amar a su mismo sexo, sintió vergüenza por sus sentimientos escondidos, sentimientos, mal vistos por un padre machista, por una madre que pensaba, pero callaba, una sociedad que al igual que Juana otorgaba.

Pero esa tarde, Juana escuchó de fondo, a María, la palabra respeto e igualdad, ya no sólo resonaba detrás de la televisión, ya era una realidad para ambas. – No estás sola Juana, gritaba María, -porque somos muchas, no estás aislada, porque entre flores, hierba y aire, somos tantas, que por el este o el oeste, de nosotras oírán hablar. Porque no sólo llevamos el sustento y el cultivo a la ciudad, porque somos mujeres que tenemos esperanza, tenemos voz y estamos hartas de callar.

Y es que existen más mujeres como María y Juana, que viven en un pueblo hermoso, rico en escudos y emblemas, cuya fuerza laboral agrícola y ganadera representa el trabajo a veces “invisible” de las mujeres rurales, mujeres que carecen de independencia económica, como María, pues el trabajo que realiza en la empresa familiar es un trabajo que va a engrosar una bolsa común, un trabajo que contribuyendo de forma muy importante a la marcha del negocio familiar, no reporta de forma directa y personal, remuneración alguna.

Un trabajo que se suma al de ama de casa, y que como en el caso de Juana, y de tantas otras, tampoco reporta derechos sociales e identidad profesional, priorizando en la economía familiar agraria la inclusión del cónyuge y los hijos, a la de la mujer, por lo que no se la considera ni estadística, ni social ni políticamente.

Mujeres del norte, del sur, del este, del oeste, de entornos rurales o urbanos, que como Juana y María, y sin ellas saberlo, cumplen una función social, asumiendo las responsabilidades de atención de personas mayores o familiares enfermos, que cumplen una función cultural, asegurando la conservación del patrimonio gastronómico de nuestros pueblos, y que cumplen con una función medioambiental, porque en el desarrollo de su función productiva, además de preocuparse del mantenimiento de lugares y parajes de su entorno, mantienen y gestionan el espacio y el paisaje.

A las Marías y las Juanas de nuestras casas va dirigido este mensaje para que nunca más sean las mujeres que la sociedad les impone que deben ser. Para que con la unión y la fuerza de todos y todas sean reconocidas de hecho, de derecho, estadística y políticamente.

Por la primera que alzó la voz para el cambio.

Por las que seguimos gritando y las que gritarán.

Para que cada mujer de este mundo, en los pueblos o en las ciudades, pueda ser la mujer que les dé la gana de ser.

Para finalizar este acto, me gustaría dirigirme a vosotros compañeros y alumnos, desde el cariño y el respeto que os tengo. No entendáis este movimiento, este texto o este homenaje como una imposición de la mujer. Nada más lejos de la realidad. Entendedlo como un ejemplo de visibilidad y reivindicación de una nueva sociedad en la que mujeres y hombres juntos, de la mano, volvamos al punto de partida para construir una nueva sociedad igualitaria de hombres y mujeres para mujeres y hombres.

Gracias por participar, escucharnos y dedicar parte vuestro tiempo a este día.

¡Vivan las mujeres!